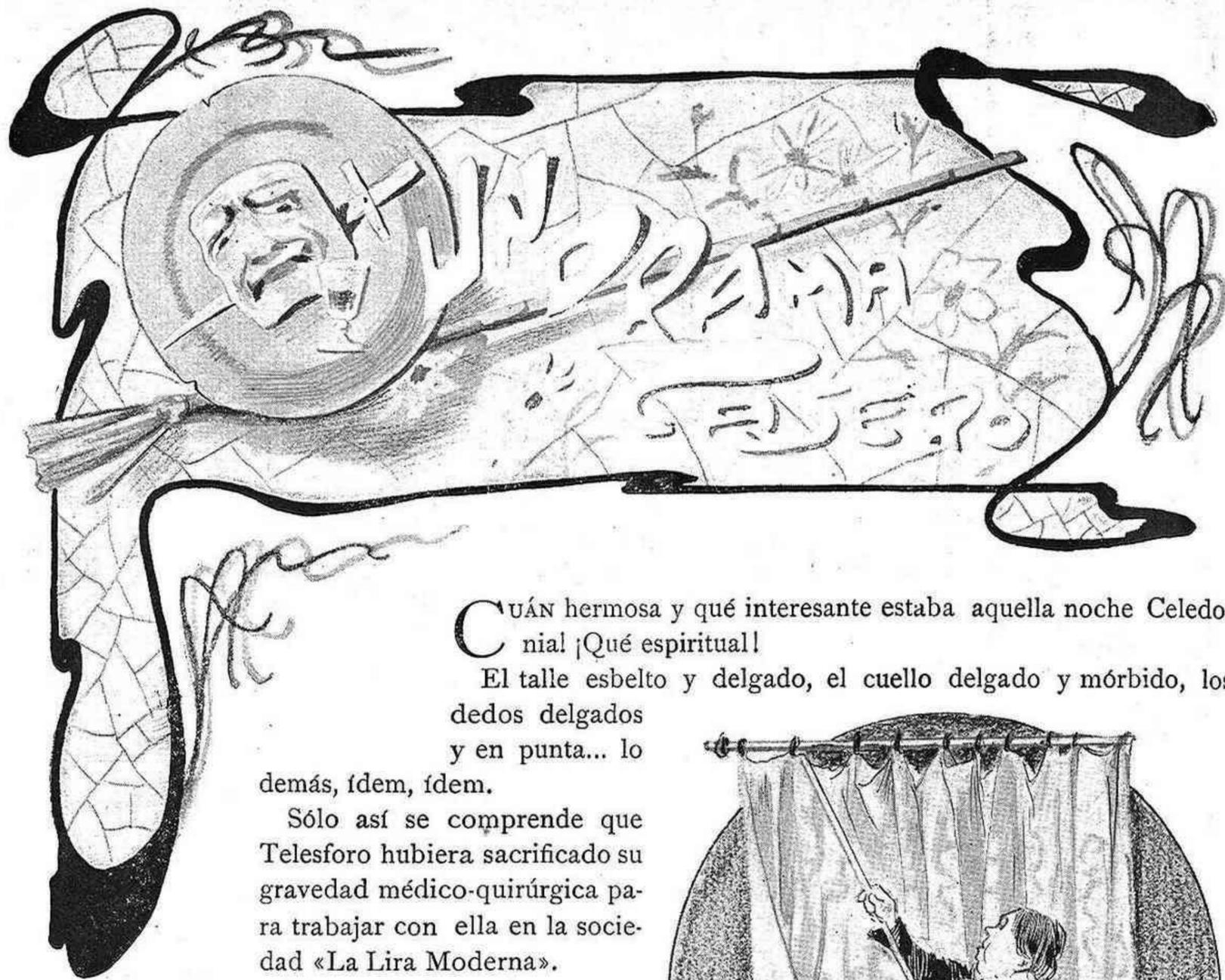




NÚM. 125

ALEGORÍA DE LA CUARESMA





CUÁN hermosa y qué interesante estaba aquella noche Celedonia! ¡Qué espiritual!

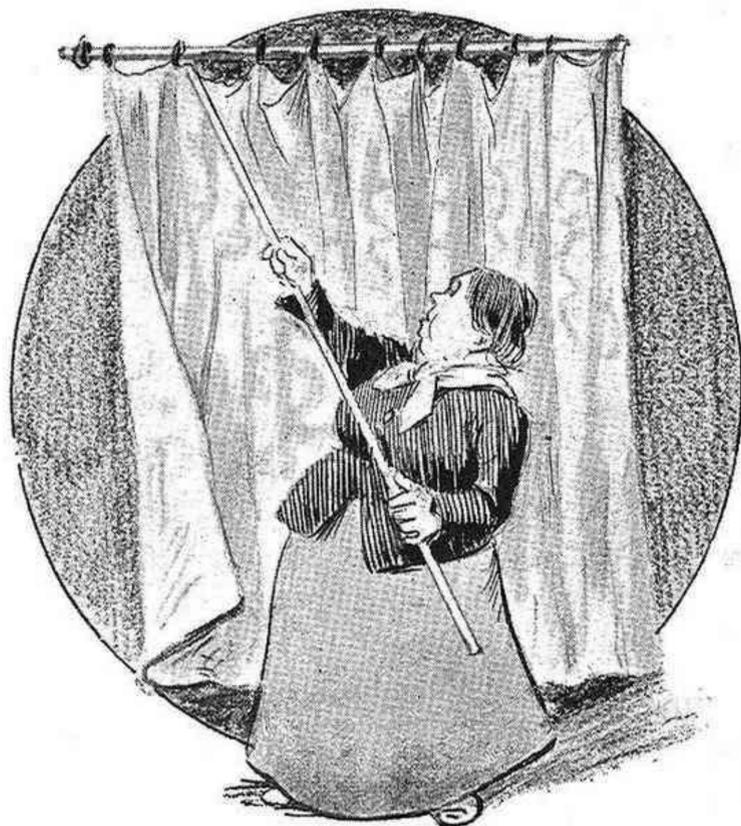
El talle esbelto y delgado, el cuello delgado y mórbido, los dedos delgados y en punta... lo demás, ídem, ídem.

Sólo así se comprende que Telesforo hubiera sacrificado su gravedad médico-quirúrgica para trabajar con ella en la sociedad «La Lira Moderna».

Porque Celedonia era una actriz de cuerpo entero.

El teatro-alcoba estaba bajo la advocación de San Zacarías, colgado en el pasillo; porque, eso sí, la familia de *Cele* sería cursi, pero temerosa de Dios.

Aquella noche ponían *El rizo sangriento*, de López Cascajo y una cuñada suya, en seis actos, y el *Sollozo delator*, en dos, del inmortal poeta y padre de Celedonia, don Camilo Minglanilla.



Ya habrán ustedes notado que Telesforo amaba á Celedonia.

Y que era correspondido.

Y que un tal Carraspera, sastre del tercero, derecha, había tenido relaciones con *ella*, pero por encima.

Y que después concluyeron para siempre.

Aunque él la amaba todavía, porque era muy terco y había ido con buen fin.

Además, Carraspera vivía encima de *Cele*, y tenía un machete en la despensa y una fuente en la cocina.

Pero no adelantemos los sucesos. Volvamos á Celedonia y



Telesforo, ya que los hemos dejado solos. Aquel amor era un idilio.

—¿Me amas?—decía él.

—Sí, *Teles* mío; tu amor me enloquece.

—Júramelo con la mano puesta sobre el corazón.

—Sobre donde tú quieras.

Y juraba.

—¿De modo que harás *El rizo sangriento*?

—Sí, vida mía; contigo soy capaz de todo, aunque pierda la voz y se incomode Cascajo.

—Pues bien, Telesforito; trabaja también en *El sollozo* de mi padre.

—¡Seal... ¡Tesoro vital!

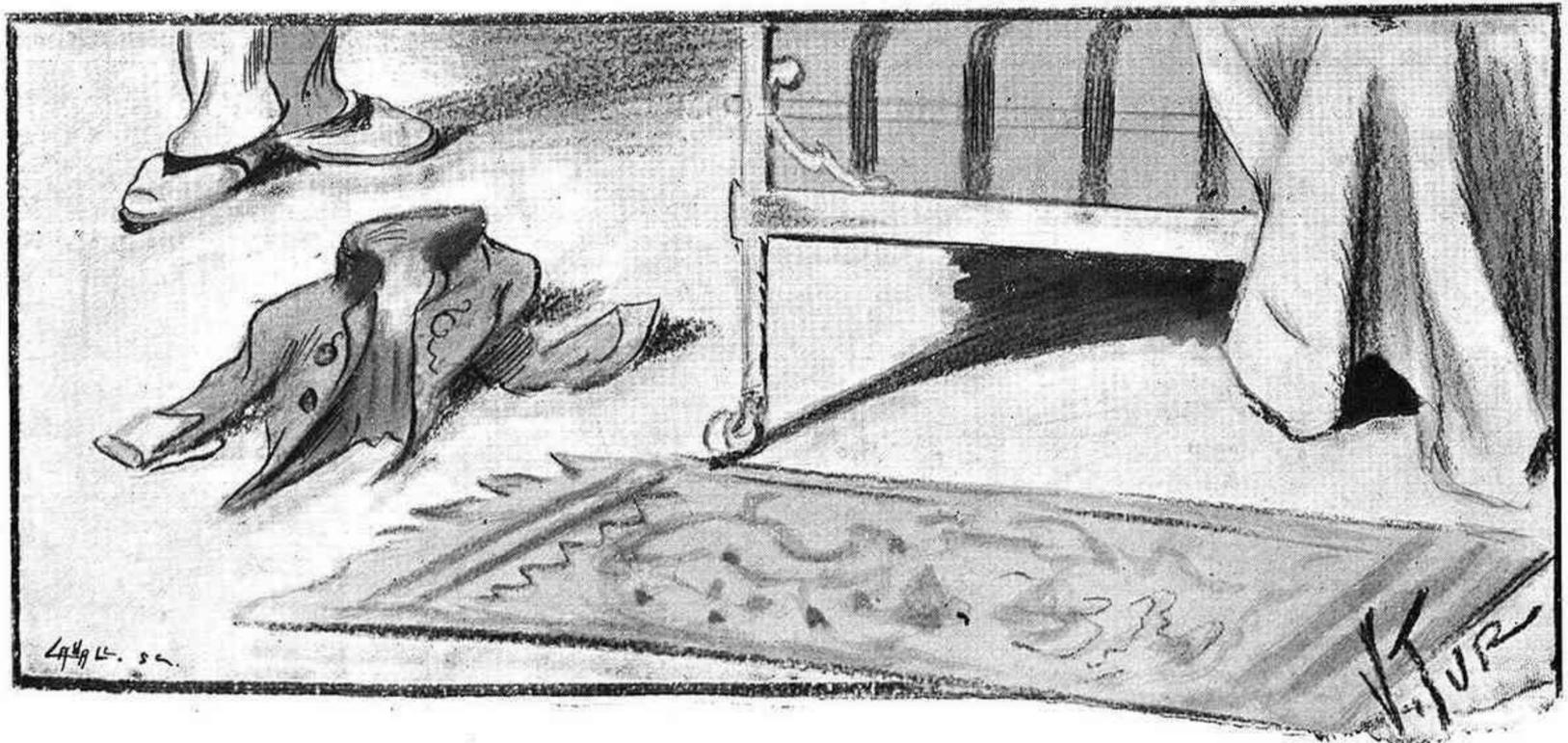
A este extremo habían llegado las cosas.

Llegó la noche fausta y la hora funesta. Todos

los corazones palpitaban de emoción. Los convidados ocupaban sus puestos. Una magnífica colcha azul con pintas cercaba la puerta de la alcoba á modo de telón. Detrás del telón los actores. *Teles*, agitado y convulso; *Cele*, convulsa nada más. Mirábanse tiernamente á intervalos, y suspiraban. En el foro, la cama tapada con una estera nueva. Debajo de la cama el gato.

Sonó un cornetín de pistón. Era la señal para descorrer el telón. Iba á comenzar el drama. Se oía á lo lejos, en la cocina, el fragor del trueno, muy bien imitado con una lata de petróleo. La señora de la casa descorrió la cortina con un palo...

Y apareció Celedonia, vestida de amarillo con golpes verdes en la espalda, soltando versos. Estaba



exponiendo la obra. El apuntador declamaba, repitiéndolo ella al poco rato:

—¡Antes muerta que abadesa  
mi amador me encontrará!  
¿Yo olvidarle?... ¡Cal ¡cal ¡cal!

Y aparecía *Amador* (en el mundo Telesforo), vestido de trovador gentil, diciendo:

—Por fin su amor me confiesa,  
tras de desdenes prolijos...  
(Señalando á la boca.)  
¿Qué hay en tus labios de fresa?  
¡Perlas para una abadesa  
y besos para mis hijos!  
(Ella le coge una mano )  
¡Mi pasión raya en exceso,  
aunque el corazón taladrel!  
¿Beso?

Y ella, abandonando el talle y demás:

—¡Besa, besa, besa!  
sin que se entere mi padre.

Telesforo dijo muy bien todo esto, pero al ir á besar á Celedonia en un dedo, se le fué la cabeza y cayó de bruces sobre un velador de laca. (*Aplausos tímidos.*)

Gracias á Cascajo que, soltando ternos cultos, salió á escena y empezó á improvisar versos con el bastón en la mano, ante el rendido *Amador*, mientras Celedonia le volvía en sí mismo con mucho disimulo. Y siguió la representación. Celedonia y Telesforo entraron en otra escena amorosa, pero con testigos. La corte rodeaba ahora á la feliz pareja, y el final del acto se acercaba sin mayores obstáculos.

Pero un inesperado personaje salió, tal vez de debajo de la cama. Traía un machete en la diestra. Los ojos inyectados en sangre, los labios lívidos, la nariz temblorosa, etc.

Todos habrán adivinado quien era el personaje del machete. El terror se apoderó de las señoras, de los caballeros, de los niños, de las niñas y de la criada. Mirándose unos á otros, exclamaron los actores:

—¡Estamos perdidos!  
Efectivamente, estaban perdidos.

El hombre del machete blandió el arma, lanzó una mirada implacable, y clavando en el techo sus ojos encendidos, gritó como un energúmeno:

—¡Escolástica, quita el tapón!

Un torrente de agua bajó del techo, inundando en pocos momentos la habitación.

¿A qué describir el cuadro de desolación que siguió á esta escena?

Nuestra pluma se resiste á describirlo.

Hubo momentos en que el agua les llegaba á las rodillas. Porque de rodillas se pusieron todos implorando perdón. Carraspera, apiadado al fin, envolvió el machete en una toalla y tapó el agujero...

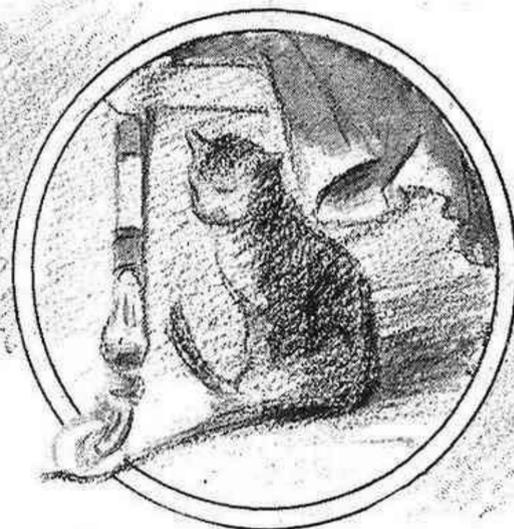
Al día siguiente un cuerpo flotaba sobre la estera de la sala. ¡Ah!

Era un cuerpo de vestido de Celedonia.

Carraspera estaba vengado.

JOSÉ BRISSA

(Ilustraciones de V. Tur.)



#### DISTRACCIONES FAMILIARES. — COMO SE HACE UN NOTARIO



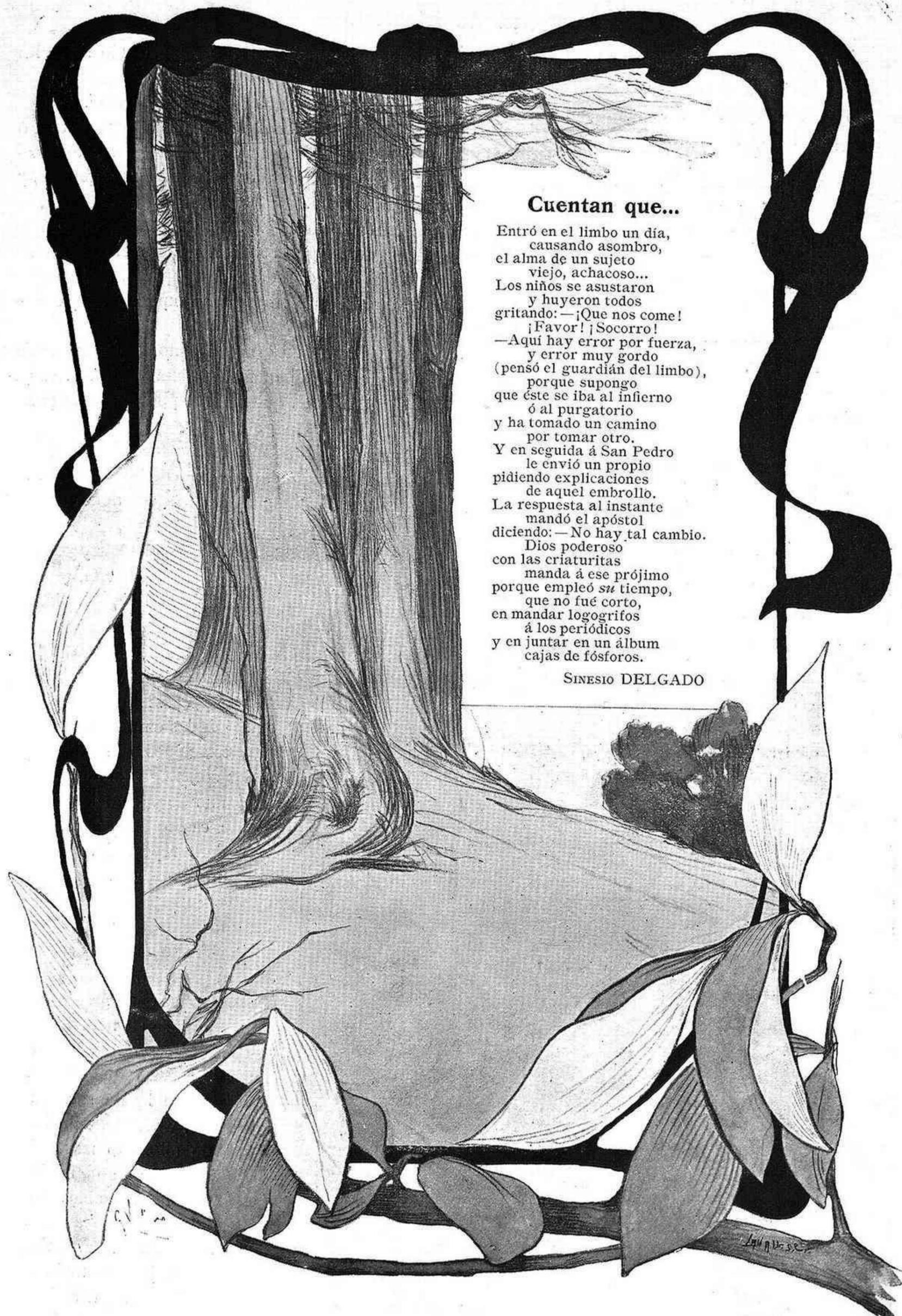
Se dobla el puño así.



Con lápiz se señalan las líneas del rostro.



Y con unas bolitas de papel por ojos, cátrate el notario.



### Cuentan que...

Entró en el limbo un día,  
causando asombro,  
el alma de un sujeto  
viejo, achacoso...  
Los niños se asustaron  
y huyeron todos  
gritando: —¡Que nos come!  
¡Favor! ¡Socorro!  
—Aquí hay error por fuerza,  
y error muy gordo  
(pensó el guardián del limbo),  
porque supongo  
que éste se iba al infierno  
ó al purgatorio  
y ha tomado un camino  
por tomar otro.  
Y en seguida á San Pedro  
le envió un propio  
pidiendo explicaciones  
de aquel embrollo.  
La respuesta al instante  
mandó el apóstol  
diciendo: —No hay tal cambio.  
Dios poderoso  
con las criaturitas  
manda á ese prójimo  
porque empleó *su* tiempo,  
que no fué corto,  
en mandar logogrifos  
á los periódicos  
y en juntar en un álbum  
cajas de fósforos.

SINESIO DELGADO

# CHISMOGRAFIAS PARISIENSES

## Trata de blancos

UNO de mis colegas denuncia la abominable trata de blancos á que se refería mi artículo sobre las agencias teatrales, publicado hace poco en esta Revista.

Lo cierto es que esa trata cae bajo la acción de una infinidad de artículos del Código penal.

La policía, que tan severa se muestra con los industriales que expenden margarina por manteca ó aguan un poco el vino, deja que esos mercaderes de carne humana se valgan de supuestos contratos sinagmáticos para escamotear los últimos cuartos á los cómicos y actrices que acuden á sus agencias, y precipitan á estos infelices en los asilos ó en las casas de prostitución.

Aunque se ha abusado mucho de las funciones á beneficio de artistas caídos en la miseria, el público llenó el otro día el teatro en que se daba una representación de ese género. Cierto es que el beneficiado no era el actor Fulano ni la actriz Merenganita, sino una colectividad, toda una compañía, que se quedaba en la calle y sin cobrar la nómina, por la quiebra de uno de esos empresarios superlativos que brotan como setas de las ruinas teatrales.

Pero por pingüe que haya sido el beneficio, no alcanza más que á un grupo de actores y no remedia más que un infortunio especial. A falta de gloria personal y directa, los beneficiados han tenido la ventaja de ser englobados en un reclamo de primer orden, amén del óbolo con que habrán podido pagar parte de lo que debían al casero.

Mas ¡cuántos pobres vergonzantes se quedan en el atolladero formado por las ruedas desvencijadas del nefasto carro de Tespis! Esos infelices son innumerables, y no hay quien se acuerde de aliviar su miseria. El mismo Coquelín, que tantos monólogos ha recitado en funciones benéficas, les tiene en completo olvido.

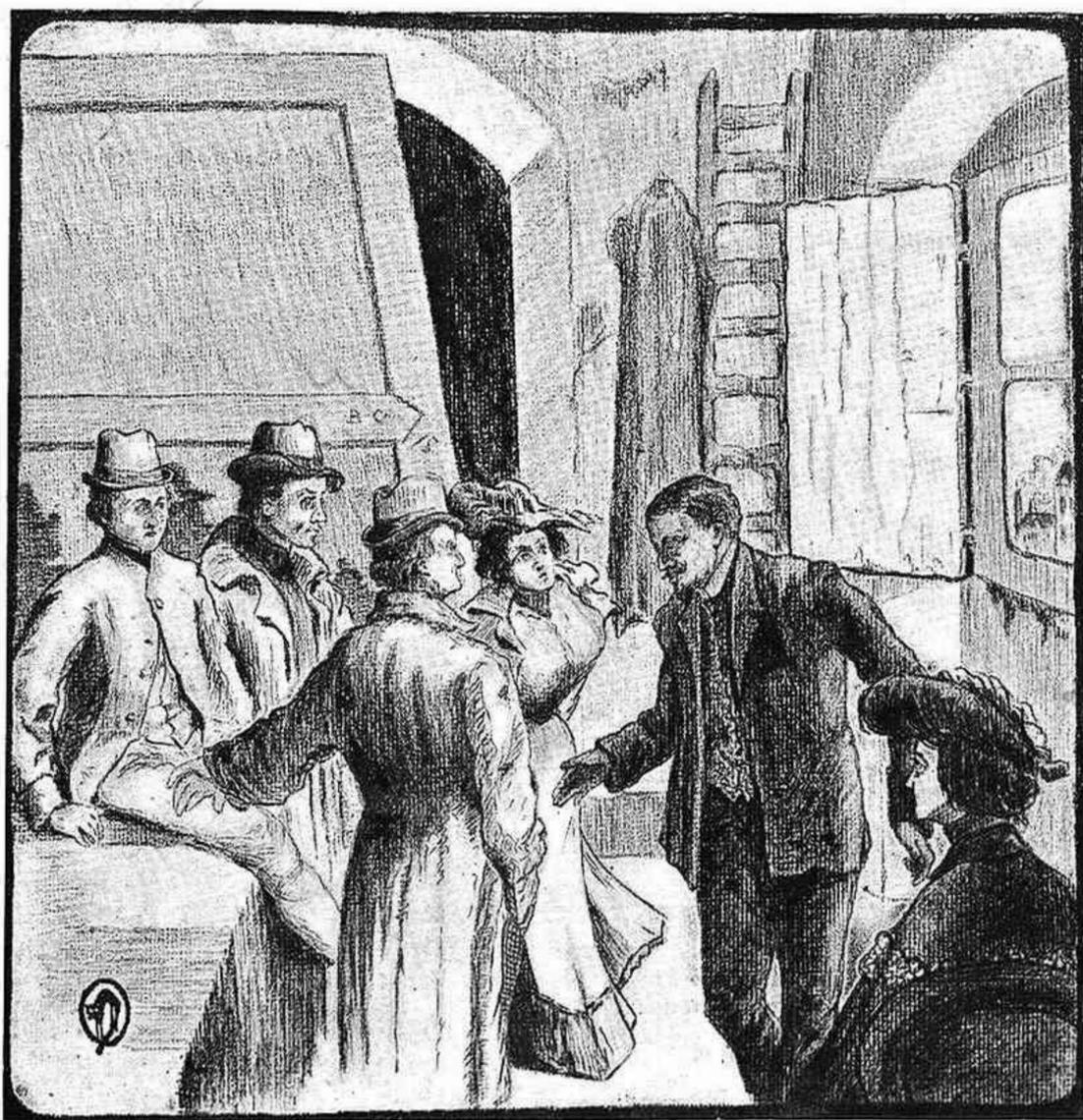
Durante el invierno tienen vagos recursos; tal ó cual empresario les contrata accidentalmente para llenar un hueco; gracias á inesperados *bolos*, comparten el pan de munición de la comparsaría, y entre ayunos y atracones van pasando la mala estación que para ellos es la buena. Porque en llegando Mayo, ¡adiós, bolos, y adiós, pan!

¡Afortunados los que obtienen contrata para alguna *tournee* de verano! Estos tendrán la satisfacción y el orgullo de dar la vuelta á Francia; irán de Bolonia á Trouville, y de Villers á Saint-Malo, y tomarán baños de mar á costa de las colonias veraniegas. Pero esos privilegiados son pocos. El procedimiento

actual de las empresas teatrales para estaciones balnearias reduce las compañías ambulantes al mínimo de personal. Antes se iba de casino en casino con un verdadero repertorio. Ahora el Barnum compra el derecho exclusivo de representar en tal ó cual radio tal ó cual pieza en boga. Tres ó cuatro artistas le bastan para estrujar el limón, y él mismo se encarga de algún papel, en caso de necesidad.

Y mientras tanto, París está lleno de artistas que esperan la contrata que ha de sacarles de la miseria, y viven de ilusiones, á falta de alimento más sólido.

Muchos de esos infelices, después de haber trabajado una ó dos quincenas bajo la garantía de una escritura formal, tienen que acudir al juez contra la mala fe de empresarios que no les pagan. Y lo peor es que, de esos litigios, suelen salir con las ma-



plicarse la razón, eran los que más le agradaban. Cosa curiosa era observar que todos los objetos que reconocía y nombraba estando ciega, ahora ya no los sabía distinguir y los confundía todos como si hubiesen cambiado de forma. Cuando se le presentaba un objeto, que reconocía por medio del tacto, lo examinaba con la mayor atención, pero lo olvidaba en seguida, porque era demasiado el número de cosas y nombres que debía retener en la memoria. Al principio fué grande la confusión de sus ideas.

No se formaba una idea de la magnitud de los objetos que herían su retina, sino aplicando las manos sobre toda su extensión; para ella el tacto era aún el sentido exquisito de antes.

Parecía no atreverse á dar un paso por donde antes caminaba con seguridad: durante algún tiempo se mantuvo en completa inmovilidad, y costó gran trabajo sacarla de ella, obligándola á

andar por su cuarto. La habrían tomado por una criatura que probaba de dar los primeros pasos; lloraba sin motivos y á veces se quedaba con las manos en ademán suplicante. Aun cuando sabía que su habitación era más pequeña que la casa, no podía darse cuenta del por qué la casa le parecía más grande que la habitación.

Durante algún tiempo no pudo persuadirse de que los paisajes pintados representasen cuerpos sólidos y los tomaba por cuerpos planos diversamente coloridos, y cuando se la dijo que representaban objetos, quiso tocarlos, y no encontrando más que superficie, preguntó si era la vista ó el tacto lo que la engañaba.

La primera persona que se le presentó después que hubo recobrado el sentido supremo del cuerpo, fué Gertrudis. Al verla, Beatriz lanzó un grito de alegría y de sorpresa, y la preguntó asustada quién era. Gertrudis la besó la mano,



dejando caer sobre ella una lágrima de ternura, y la dijo que era Gertrudis, la que había hecho de madre durante largos años, y después la pidió permiso para abrazarla. Atrájola Beatriz á sus brazos y rompió en copioso llanto, diciéndola:

—¡Gracias, gracias, amiga mía, madre mía!... ¡Oh, no me abandonéis! ¡No me dejéis sola! Y mi padre... ¿dónde está mi padre?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el marqués le había echado ya los brazos al cuello, cubriendo su frente de lágrimas y besos. Y cuando después de diez minutos de ébria ternura entre el padre y la hija, el marqués se desprendía de sus brazos, Beatriz dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla... ¡Se había desmayado!

Rodeáronla su padre, Gertrudis y la servidumbre, que le prodigaban afectuosos cuidados y aguardaban á su alrededor á que se desvaneciese poco á poco su fuerte emoción. Cayetano había recomendado que no se la causase ningún sobresalto; pero ¿quién puede contener los impulsos de dos almas movidas, cual las de Rionero y su hija, por tan caros afectos?

Otra persona debía presentarse aún á la vista de Beatriz. En un principio, en su inefable confusión, en sus transportes casi infantiles, no había pensado en Cayetano; mas pronto acudió á su mente este recuerdo, si bien en la delicadeza de su ánimo no pidió verlo, porque Cayetano reunía al título de médico el de amante.

El marqués debía preparar el ánimo de la niña

para la primera visita de su novio; mas en cuanto hubo vuelto ella en sí, durante dos largas horas no cesaron las demostraciones de ternura y de loca alegría entre la hija y el padre, que no se cansaban de mirarse mutuamente. Al fin él le habló de Blackman: la niña se ruborizó, ocultó la cabeza en el pecho de su padre, y en voz baja y llorosa, le dijo:

—¿Por qué no viene el señor Blackman? ¿Por qué se sustrae á mi reconocimiento? Después de Dios, ¿no es á él á quien debo esta segunda existencia que se abre ante mí?

—El señor Blackman, hija mía, ha querido ceder el puesto al amor paternal,—le contestó el marqués,—su alma es noble y delicada. Imitando á la Providencia que derrama los beneficios y se oculta á las miradas de los hombres, Oliverio, aun cuando arde en deseos de poner su existencia á tus pies, no ha querido presentarse ante tí hasta que tú se lo permitas. ¡Oh, cómo teme presentarse ante tí, hija mía!

—¿Teme? ¿Y por qué? ¡Qué me importa que no sea guapo como tú, padre mio! Dios me manda amarle y le amaré. Padre, no sé lo que sentí por este hombre, cuando su mano arrancaba de mi pupila aquel velo de muerte que durante diez y siete años me había robado la luz del sol. ¡Oh!

en aquellos momentos yo le amaba, padre mio, le amaba; mi corazón estaba inundado de gratitud. Y cuando mis ojos se abrieron por vez primera, después de la operación, creí un sueño cuanto me había pasado. Oliverio Blackman se presentaba á mi fantasía como uno de aquellos ángeles que veía yo con frecuencia en mis sueños... ¡Oh, padre mio! si ahora gozo la suprema alegría de mirar tu rostro, ¿á quién lo debo sino á Oliverio?

En esto, un hombre fué á arrojarse á los pies de la niña sin decir palabra, Beatriz lanzó un grito de sorpresa y, por un impulso irresistible, levantó la cabeza de Cayetano.

—¡Vos, señor! ¡vos, Oliverio Blackman!

Cayetano no contestó, pero pálido... y con tímidos ojos, miraba las pupilas de Beatriz como absorto en celestial visión.

—El mismo,—dijo el padre,—es tu salvador... ¡tu esposo!

Beatriz se abandonó en los brazos de su padre, que la estrechó con indecible ternura contra su corazón. Cayetano se levantó, cruzó los brazos, y hablando consigo mismo, profirió estas palabras:

—¡Mía! ¡mía!... ¡Oh, no es posible! ¡no es posible! ¡tanta felicidad no es para mí!...

## XXIX

### EL CORAZÓN DE BEATRIZ



Dos meses han pasado desde el día en que Beatriz recobró la vista; dos meses de impresiones siempre nuevas, de dulces é inefables placeres, dos meses, en suma, de vida nueva, llena de todas aquellas delicias que pueden rodear á una mujer que ha estado diez y siete años ciega. No describiremos detalladamente la gradación de las sensaciones que la joven experimentó; por otra parte,

¿quién podría referir aquella inmensa variedad

de impresiones que durante el día venían á herir los sentidos y el alma de Beatriz? ¿Quién puede expresar, por ejemplo, el estremecimiento del corazón de la niña, la vez primera que su padre la hizo contemplar desde el mirador de su casa la salida del sol?

Era tan excesiva su sensibilidad, que Cayetano recomendó á su padre y á Gertrudis que alejasen de ella todo objeto que pudiese excitar demasiado sus nervios. Semejante á un niño, no hacía más que interrogar á todos; todo le parecía un portento, una novedad; estremeciase á menudo y por fútiles motivos; cogíase á veces y por días enteros, del brazo de su padre ó de Gertrudis, y con uno ú otra se paseaba por las habitaciones de la casa ó por los senderos del jardín. Había reconocido todos los sitios donde ciega solía pasar sus largas horas de solaz.

Enteras las pasaba junto al retrato de su ma-

dre, cuya imagen la hacía llorar de continuo, viéndose precisado su padre á prohibirla que permaneciese en el salón donde estaba aquel retrato.

Una tristeza secreta ocupaba el fondo del corazón de Beatriz, sin que á ella misma le fuese posible averiguar la causa... La felicidad que el cielo la había dado, le parecía demasiado favor para una criatura mortal, y temía alguna gran desgracia... ¿Quién puede comprender los misterios del alma humana?

Beatriz estaba triste hasta en medio de sus transportes de alegría, aun al lado de su padre. No habiéndose fijado aun el día de su casamiento con Oliverio, se estremecía al pensar en esta unión. ¿Era repugnancia producida por la deformidad de Cayetano? ¿Era secreta revelación del verdadero sér que se ocultaba bajo el nombre de Oliverio Blackman? ¿Era aversión al estado conyugal? Difícilmente podríamos descifrarlo; pero como la repugnancia que sentía por su unión con Amadeo se vió confirmada al cabo, al sentir igual repugnancia por su unión con Cayetano, estaba triste su corazón, por más que eran muy distintos los sentimientos que le habían inspirado el primero, de los que alimentaba por el fingido inglés.

No se vaya á creer que Beatriz sintiese aversión ó repugnancia por Cayetano. Le estaba sumamente agradecida por el don que éste la había hecho, admiraba sus virtudes y sentía por él cariño fraternal. Pero el mismo valer del médico y aquella ardiente pasión que tanto contrastaba con la frialdad de su carácter, la asustaba. Por otra parte, el misterio de que Blackman se rodeaba, la destreza con que evitaba toda pregunta sobre su pasado, y los hechos extraordinarios que de él se referían, no eran para inspirar aquella confianza ilimitada sin la cual no puede haber amor, pues el amor no es otra cosa que la expansión, la confianza, el abandono de dos almas una en otra.

La deformidad de Cayetano había producido en un principio extraña impresión en el alma de Beatriz, quien no acertaba á convencerse de que aquel hombre de formas tan raras, fuese el Blackman que la había devuelto el sentido supremo. Le miraba con dolor: habría dado su vida porque no hubiese sido deforme. Mas juró en su interior amarle, pues conocía toda la grandeza de la gratitud. Beatriz se sublimaba á sí misma ante la idea de rodear á aquel pobre hombre de toda la expansión de un corazón virgen de afectos. Cuanto más había condenado la naturaleza á Oliverio á la separación y abandono en que su deformidad le colocaba, tanto más sentía ella el deber de compensarlo con el sacrificio de su propio corazón.

Por otra parte, en la conducta de Cayetano para con ella, había tanta delicadeza, tanta abnegación, tanto amor, que la llegaban al alma. Habían transcurrido dos meses desde que ella gozaba de la vista, y Cayetano no había reclamado aun el cumplimiento del solemne pacto hecho con el marqués. A pesar del ardor de su pasión, Cayetano esperaba en silencio que saliese de los labios de la niña una palabra referente á sus esponsales. Cada vez que se encontraban solos, Cayetano, pálido y tembloroso, parecía esperar de ella su destino, y, mientras su alma se abrasaba, su cuerpo estaba frío.

Un día, á la caída de la tarde, Cayetano y Beatriz estaban solos en el jardín... Anunciábase uno de aquellos crepúsculos de Sorrento, cuya belleza jamás puede imitar ni la pluma ni el pincel. El aire estaba lleno de perfumes, las flores del naranjo esparcían por doquier sus balsámicos y embriagadores efluvios. La campana de la parroquia marcaba lentamente la última oración del día, y su sonido se perdía en lontananza... El día que terminaba no tenía otra apoteosis que el gemido de aquel bronce. La luz empezaba á desaparecer del cielo...

Por el lado opuesto del horizonte surgía la luna, semejando una pálida rosa abandonada encima de una almohada. Y se iba insinuando vagamente á través de tenues nubecillas, para destacarse luego sobre el obscuro fondo del cielo, cual globo aerostático que por los aires se eleva. La noche blanca y trasparente rodeó de sombras y de misterios los senderos del jardín.

Beatriz estaba sentada en aquel mismo banco de piedra dondó tuviera su primer coloquio con Oliverio. Es imposible imaginar cuán bello estaba aquel rostro, ahora que sus ojos habían adquirido su movimiento, su expresión, su vida. Cayetano estaba contemplándola extasiado.

—Beatriz,—dijola el doctor después de un largo rato de silencio,—en la solemne calma de este cielo, en la placidez de esta encantadora noche, deberá sorprenderos y afligiros el espectáculo de las tempestades del corazón; vuestra alma, tan inocente y juiciosa, no podrá comprender el lenguaje de las férvidas pasiones. Pero cuanto más sereno está el cielo que sobre nuestras cabezas se extiende, mayor es el ardor que siento en mi corazón. Este aroma de las flores, este airecillo tibio, esta luz impregnada de tantos misterios, no hacen más que punzar mi cerebro y atacar mis nervios. Cuando estábais ciega, vuestra mirada no me hacía hervir la sangre, no me volvía loco... ¡Ah! sí, Beatriz, sois demasiado hermosa, vuestras pupilas queman mi frente. ¡Oh!... no me miréis, no confundáis mi razón.

—Y bien, Oliverio, no me miréis; mirad al firmamento que está tan radiante, tan rico de

mundos; guardad vuestra admiración para ese universo que escapa á nuestra vista como á nuestro pensamiento; guardad vuestra adoración para su eterno Autor. ¡Es tan elevada vuestra mente! Podría decirse que la creación no tiene secretos para vos. ¿A qué gastar vuestro entusiasmo por una infeliz criatura como yo?

—Esta creación de que me habláis, hoy la admiro en vos, que sois su obra más perfecta.

—No habléis así, Oliverio, vuestras palabras me hacen daño; apiadáos de mí... Si supiéseis cuánto sufro al pensar que vuestra vida estuvo tal vez llena de desventuras que ningún amigo alivió.

—Perdonadme, Beatriz, perdonadme si aparentemente no nuestro tener confianza en vos. Poderosos motivos cierran mis labios... Mas no creáis por eso que haya contaminado jamás una vileza este pobre corazón, sobre el cual imperáis hoy... No, mi vida está limpia de pecado, pero ante la sociedad hay faltas indelebles; ésta, desapiadada en sus juicios, jamás se aplaca, por esfuerzos que haga un hombre para lograr una reivindicación.

—Cualquiera que sea vuestro pasado lo respeto, Oliverio, y no pretenderé descorrer el velo que lo cubre. Los títulos que tenéis á mi eterna gratitud nada tienen de común con los secretos de vuestro corazón.

—¿Y siempre me hablaréis de gratitud, Beatriz? ¡Oh! si éste es el único sentimiento que he llegado á inspiraros, soy realmente desgraciado, y lo soy tanto que vos misma os compadeceáis del estado de mi mente. No fué la gratitud sola lo que me prometisteis el día en que arranqué de vuestros ojos las tinieblas... ¿Y creéis que á este fuego que abrasa mi corazón le basta la correspondencia de un frío sentimiento, únicamente inspirado por vuestra virtud?

—Y bien, Oliverio, si una palabra de amor os puede consolar, si esto ha de satisfacer vuestros anhelos, os mostraré mi amor el día en que nuestras suertes estarán unidas para siempre. Venid, acabemos esta conversación: dadme el brazo; paseemos un poco; hablemos como se hablarían un hermano y una hermana; ¡tengo tantas cosas que deciros, tantas preguntas que haceros!... Perdonad mi ignorancia, Oliverio, é iluminad mi mente.

Esto diciendo, cogía al médico por la mano y se lo llevaba á pasear con ella. Cayetano se estremeció al contacto de aquella mano que estrechó la suya y se dejó guiar por la niña, siguiéndola en silencio y maquinalmente, á través de los cuadros de plantas y flores del jardín.

—Oliverio,—le dijo de pronto Beatriz,—¿no distinguís en lo alto de esa colina aquella estre-



lla de luz tan viva que dice mi padre que se llama Hesperia?

—Pues bien, sabed que yo soy feliz únicamente cuando ese astro aparece en el horizonte. Hace más de un mes que mis ojos se fijan cada noche en aquella perla del cielo, y no acierto á deciros lo que mi corazón experimenta. Asoman á mis ojos las lágrimas con tal fuerza, que las siento deslizarse por mis mejillas. No podría explicaros qué secreta simpatía existe entre ella y yo; pareceme que me mira, me sonríe y me atrae, y pienso en mi madre... y á veces me parece que me llama desde aquel mundo tan lejano... ¡Oh! ¡cuán bella es la bóveda del cielo cuando ningún vapor oculta su sorprendente esplendor!... Os confieso, Oliverio, que cuando mis ojos se levantan hacia el cielo, siento aquí, en el fondo de mi corazón, un deseo... como de morir entre mi padre y vos en la cima de aquellas colinas, entre tan puras estrellas, entre el aura y las flores. ¡Oh! ¡cuán bello debe ser el morir de esta manera! El cuerpo se queda encima de la hierba y de las flores, al lado de un ciprés, y el alma vuela al seno de esa felicidad á que aspiramos; el alma, libre de las mortales ligaduras que la aprisionaban, corre á reunirse con Dios y con su madre... ¡Oh madre mía, madre mía, te amo tanto, ansío tanto volverte á ver, que esta vida que lejos de tí me retiene, me parece eterna!

Cayetano, pálido, asombrado, escuchaba á aquella niña de cuya alma virgen é inocente partía tal río de amor, y pensaba con amargura en la suprema alegría que experimentado hubiera si hubiese sido él el objeto de aquellas ardientes expansiones. Mas el candor de aquella niña

nos en la cabeza y con el sambenito de haber causado la ruina de la empresa ahuyentando al público con su detestable trabajo y con su antipática figura.

La prensa, en muchas ocasiones, se hace cómplice de tamañas iniquidades. Buscando efectos cómicos, en vez de condenar las abominaciones cometidas por agentes y empresarios de mala fe, ridiculizan á sus víctimas, cuyo mayor crimen consiste en tener muy poco talento, tara común á muchos de los reviseros que los denigran.

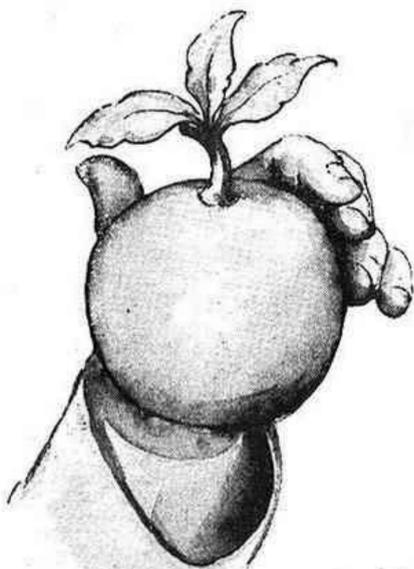
Afortunadamente, no faltan escritores, como Augusto Germán, en folletos muy documentados, cuya difusión sería un bien social, y como Camilo Le Senne en el *Evènement*, que denuncian esas ignominias de una civilización que se cree refinada cuando no está más que corrompida, en vez de cargarlas en cuenta en el pasivo de los gastos generales de las diversiones públicas.

Esas famosas diversiones podrían tener la misma intensidad sin ejercerse en detrimento de esos parias del arte, cuyos infortunios merecen menos burlas y un poco más de compasión.

JUAN B. ENSEÑAT



DISTRACCIONES FAMILIARES. — COMO SE HACE UN RAJÁ



Se toma una naranja con varias hojitas.



Con un cortaplumas se hace en la cáscara el rostro.



Y se la envuelve en un trapo de seda y adorna con un collar.

# TOTUM REVOLUTUM

DOMINGO.—Diga usted: ¿es cierto que muere el *Lagartijillo*?

—Le ha empitonado un novillo y está el pobre casi muerto.

LUNES.—¿Qué opina el doctor?

—Que la cornada fué horrible, pero que está en lo posible que se salve el matador.

MARTES.—Se ha vencido el mal. Pronto el diestro está curado. Hoy mismo le ha contratado una empresa, no sé cuál.—

Luego leerá la gente que admira al bravo torero, informes de un revistero análogos al siguiente:

«¡Éxitos! Grandes asombros!

¡Ovaciones al espada!

¡Tres toros de una estocada!

¡El diestro sacado en hombros!...»

Pero... ¿aquella gravedad del diestro, fué una apariencia?

¿O es que adelanta la ciencia, que es una barbaridad?

\* \*

¡Hombre, que novedad la que anunció la empresa del Teatro Nuevo!

Las noches de los días festivos—dijo—regalaba las localidades para el día siguiente en número y clase iguales á las compradas en las primeras noches.

Es una innovación estupenda.

¡Ande el barato! O, mejor, *el gratuito*.

Ahora bien: que representen *apaños* de obras de Ibsen.

Y eso, de balde... ¡es caro!

\* \*

De las elecciones que se celebraron, creo que no debo dar el menor dato. ¿Qué el catalanismo sufre gran quebranto? ¿Qué, por su victoria, los republicanos se hallan tan contentos

y regocijados? Bueno: á mí, de todo se me importa un rábano. Yo seré político cuando llegue el caso de que venza Planas con sus partidarios... y se me figura que aun hay para rato!

\* \*

Ya se enterarían ustedes de los asaltos de Pini y Merignac.

Como eso nos interesaba muchísimo, los periódicos nos refirieron el cómo y por qué se discutió si un botonazo debía ó no contarse, etc., etc.

El país se ocupó de ello profundamente.

La prensa hizo de *claque* en obsequio de Pini y Merignac.

—¡Qué preciosos!—me cuentan que decía un *getleman*, al ver el otro día el asalto de aquellos dos maestros.

¡Qué figura! ¡Qué golpes! ¡Son muy diestros! Y un baturro que estaba allí, á su lado, y le había escuchado

le dijo:—¡Toma, toma!

¡Míá que gracia, re...diez! ¡Si eso va en *groma*!

*Denguno pa reñir* busca postura:

pierde usted la chaveta

y se agarra la estaca ú la escopeta

y ¡déjese usted estar de la figura!

\* \*

El otro día leí en un periódico:

«En Elche, con motivo de la huelga de zapateros, los fabricantes que trabajan acordaron repartir á medias la suela con los otros fabricantes.»

Y leí más abajo:

«En el Ayuntamiento de Barcelona va á surgir un conflicto con motivo de la disposición última del señor Maura...»

*Lo cual que pensé:* Esto se arreglará como aquello.

Con unas medias suelas que echará Maura.

Y aun con tacones.

\* \*

Las huelgas de estudiantes, iniciadas

hace unos días ya,

*diz* que preocuparon y no poco

á Allende Salazar.

Tendrán razón—pensé—los escolares,

creo que la tendrán,

mas, sin dejar la clase, en otra forma

debieran protestar.

Yo, que era un estudiante ocho años hace,

—ocho ó nueve quizá—

recuerdo de algaradas y de huelgas

antes de Navidad

y á causa de sucesos que llamaban

la atención general.

Y hoy digo:—¡Quien volviese á aquellos días;

pero no para holgar,

sino para ir al aula puntualmente

y aprender mucho más!

\* \*

¡Cuidado si hace días que advirtió la prensa: el *Cerro del Reloj*, de Calatayud, va á derrumbarse y allí va á haber una horrible catástrofe, un pueblo sepultado!...

Pues bien: el Gobierno ha dicho que trata de que se realice todo trabajo que sea necesario.

Nada, que desde que trata de disponer el trabajo, el Cerro pudo irse abajo ¡y allí no queda una rata!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

# Confiteor de un culto

Quien quisiere ser culto en sólo un día,  
la jeri, aprenderá, gonza siguiente.

QUEVEDO.

«Aunque me llamen poeta  
porque algunas coplas hice,  
por lo de obscuras, prisiones,  
por lo impenetrable, esfinges;  
aunque el cordobés ingenio,  
inspiración al pedirle,  
me dió Encelados á ciento,  
múrices y ortos á miles,  
aunque con sus *Soledades*  
en lo insondables compiten  
aquellos versos pindáricos  
que escribí á tus cenojiles,  
arrepentido de culto,  
hoy vengo en romance humilde  
á pedirte mil perdones  
y á que me deslatinices,  
que yo bien sé que ayer tarde  
en cierta parte dijiste  
que ibas aprender el griego  
sólo para traducirme.  
Evitándote el trabajo,  
y puesto que inteligible  
no te fué la jerigonza  
que empleé para servirte,  
volviéndote al castellano  
todo lo que en culto dije,  
te probaré que no debe  
ser claro todo el que escribe.

\* \* \*

Oro hilado llamé al pelo  
que tus albas sienes ciñe,  
y añadí que era tu boca  
nido de indianos marfiles;  
del dicho no me arrepiento,  
que aunque son tus pelos grises,  
bien sé que para enrubiarlos  
oro acuñado deslíes;  
y el portugués sacamuelas,  
que á más tapa tus calvicies,  
no es hombre que á tus encias  
usados huesos aplique.  
Tus mejillas comparando  
de Aranjuez á los pensiles,  
quise mostrarte con ello  
que de natura aprendiste  
á disfrazar con pintados  
nardos, rosas y jazmines  
los colores pardo y verde  
que el campo y tu rostro visten.  
Te dije que, como Venus,  
imitando al blanco cisne,  
de entre las salobres ondas  
también un viernes saliste;  
no olvides que las sardinas,  
con que en delgadez compites

como del Amor la madre,  
en el fondo del mar viven,  
y al venir á tierra un viernes,  
tú, que tanto en ella diste,  
fué por hartar de pescado  
á quien buscó en ti perniles.  
De aljófares y corales,  
esmeraldas y rubíes  
empedrando las estrofas  
que me atreví á dirigirte,  
más que pecar de embustero  
dar en davidoso quise,  
que poner en tu persona  
los coruscantes matices  
de piedras que con tal ansia  
á todas horas me pides  
sólo logra así el que quiere  
guardar sus maravedises.  
Por lo demás, y olvidando  
lo de elevarte á Euridice  
con aquello de llamarte  
Dido, Penélope y Circe,  
dejando mitologías,  
hoy ya casi incomprensibles,  
sólo hacerte saber quiero,  
por si no lo comprendiste,  
que si repetida Angélica  
en un madrigal te dije,  
fué advertirte que me consta  
que los Medoros repites.  
Ya ves que el hablar en culto  
tiene más hondas raíces  
que el afán de innovaciones  
de algunos poetas chirles.  
Pocas veces en el mundo  
se siente lo que se dice,  
y la misma amarga adelfa  
atractivo color viste.  
Mas, pues no quieres que llame  
á tus octubres abrilés,  
ni abrevie por complacerte  
los puntos á tus chapines,  
con tan desnudas verdades  
pienso desde hoy aburrirte,  
que he de lograr que con ansia  
busques quien te gongorice.»

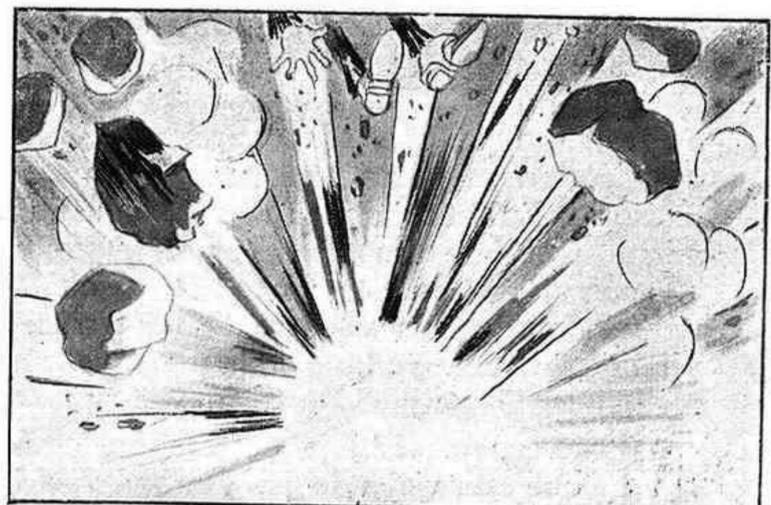
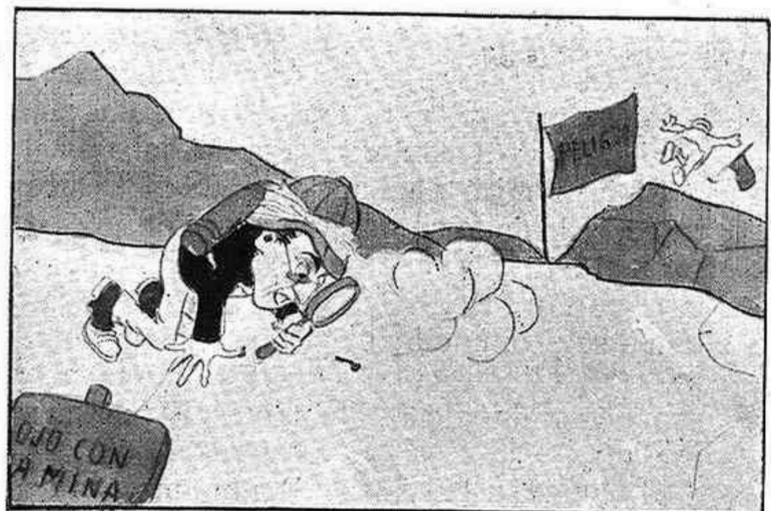
\* \* \*

Esta carta cierto día  
escribió un culto á una Filis  
pretérita en hermosuras,  
pluscuamperfecta en deslices.  
Y hay quien dice que la dama  
tomó tan en serio el chiste,  
que ya de libro de texto  
el *Polifemo* le sirve.

ANGEL R. CHAVES

## ¡ CUIDADO CON LA MINA !

por V. TUR



## EL MUNDO AL DÍA

**D**OMINGO, 8.—Se pone en libertad en Kazán á un oficial del ejército ruso, acusado de haber robado dos gruesos diamantes de la corona de la Virgen que se venera en la famosa catedral de dicha ciudad. El hecho, por lo raro, vale la pena de ser contado.

Un oficial, jugador y mujeriego, desesperado y no sabiendo cómo hacer dinero, entró en un templo, del que se salió poco rato después para dirigirse á casa de un platero que le entregó 53.000 rublos á cambio de un magnífico diamante. El guardián de la iglesia observó que á la corona de la Virgen le faltaban dos diamantes del tamaño de una avellana. El juzgado tomó cartas en el asunto y horas después la policía capturaba al oficial que, en alegre compañía, derrochaba el dinero en el mejor restaurant de la ciudad. Preguntóle el juez por los dos diamantes y por qué los había hurtado. El mozo, nada tímido, le atajó diciendo:

—No he hurtado nada, señor juez. Desesperado al ver el abandono de mi familia, la ingratitude de mis amigos y amigas, y la tenacidad con que el habilitado se negaba á prestarme dinero; viendo que no podía contar con el auxilio humano, recordé los felices años de mi infancia y las fervorosas oraciones que dirigía á la Virgen. Entré en el templo y recé ante la sagrada imagen. Cuán férvidas fueron mis súplicas, con qué ansia imploré un milagro que me salvase, puede usted colegirlo de lo que ocurrió. Parecióme advertir de repente que los divinos ojos despedían luz, que la sagrada boca se movía; creí oír una voz más que humana. Aterrado por la sobrenatural visión, prosternéme. Y oí entonces que junto á mi cabeza caía algo, algo que brillaba en la semiobscuridad. Eran los dos diamantes que se me acusa de haber robado. El milagro era patente. La Virgen se había apiadado de mí. Recogí las piedras preciosas; vendí una, está la otra en mi poder. ¿Quién se atreverá á decir que he robado?

El juez miró de hito en hito al desparpajado mozo, reflexionó un instante, elevó después una consulta al Santo Sínodo para saber si podía admitirse milagro tan raro. El Procurador del inapelable Tribunal se pronunció por la afirmativa y el militar fué puesto en libertad, entregándosele una importante suma á cambio de los diamantes. El juez, al soltarlo, le dijo:

—Queda usted libre. Permítame, sin embargo, que le dé un consejo de amigo: No impetre nuevos milagros. *Non bis in idem*, caballero.

**L**UNES, 9.—El Ayuntamiento de Copenhague acuerda conceder una prima de 20 céntimos por cada rata que se presente, viva ó muerta. Tal medida procede del convencimiento que tienen los médicos de que esos asquerosos roedores son los propagadores de casi todas las enfermedades infecciosas. En Stockholmo se adoptó igual procedimiento y en brevísimos días se presentaron más de 100.000 ratas. Con esto y con haber soltado en la red general de cloacas cuarenta fox-terriers, la capital de Suecia se ve libre de la plaga de los roedores que tantos perjuicios irroga.

**M**ARTES, 10.—El hijo del Emperador alemán, que está viajando por Europa y Africa, enferma del sarampión.

—Muere Gastón París, individuo de número de

la Academia Francesa, autor de un tomo de viajes y de diferentes estudios críticos. Se indica para sustituirle al señor Waldeck-Rousseau.

—Muere en Irlanda, en el condado de Cork, un hermano de Parnell, el *King uncrowned*, el temible atleta parlamentario, digno sucesor de O'Connell y Biggar.

—Se efectúan en Chicago ensayos de un nuevo globo dirigible. El resultado es desastroso, pues el inventor no consigue su objeto y, en cambio, se rompe la pierna izquierda y la clavícula derecha.

—Se incendia un vagón de petróleo; acude gran multitud á presenciar el incendio. Pero éste se propaga, estallan otros vagones-tanques y el líquido inflamado cae en lluvia de fuego sobre la muchedumbre, causando 25 muertos y 40 heridos, casi todos de gravedad. El hecho ocurrió en el Western-Railway, de New-York al Lago Erié.

**M**IÉRCOLES, 11.—Ocurren graves desórdenes en Budapest. Un grupo numeroso recorre las calles llevando el retrato de Kossuth y dando desaforados gritos de: «¡Viva el ejército húngaro! ¡Muera Austria!» La policía tuvo que dar varias cargas. En el teatro hubo también un escándalo formidable y una señora que llevaba un vestido amarillo y negro fué silbada estrepitosamente.

—Se inaugura oficialmente el ramal de la línea transiberiana que pasa á través de la Mantchouria y termina en Puerto-Arthur. Dentro de pocos días se establecerá servicio regular de trenes para el público. En cada estación hay un destacamento de infantería rusa para evitar alguna salvajada de los chinos. Las obras de la línea están vigiladas también.

—El emir del Afghanistan, dando una prueba de cordura, licencia á todas las mujeres de su harem exceptuando las cuatro legítimas que el Korán impone á los ricos. Por medio de un decreto ordena que sus súbditos sigan su ejemplo. Y como eran muchos los que en aquella región asiática se permitían el lujo de tener treinta y más mujeres, quedan millares de éstas poco menos que en la calle. Ahora se presenta buena ocasión á boers é ingleses del Transvaal y Orange, que tienen escasez de mujeres en su país, para remediar carestía tan sensible.

—Los diputados reaccionarios franceses se indignan contra la proposición de ley presentada con objeto de que pueda obtenerse el divorcio sin otro fundamento que la voluntad de las dos partes ó el deseo *repetidamente* manifestado por uno de los cónyuges.

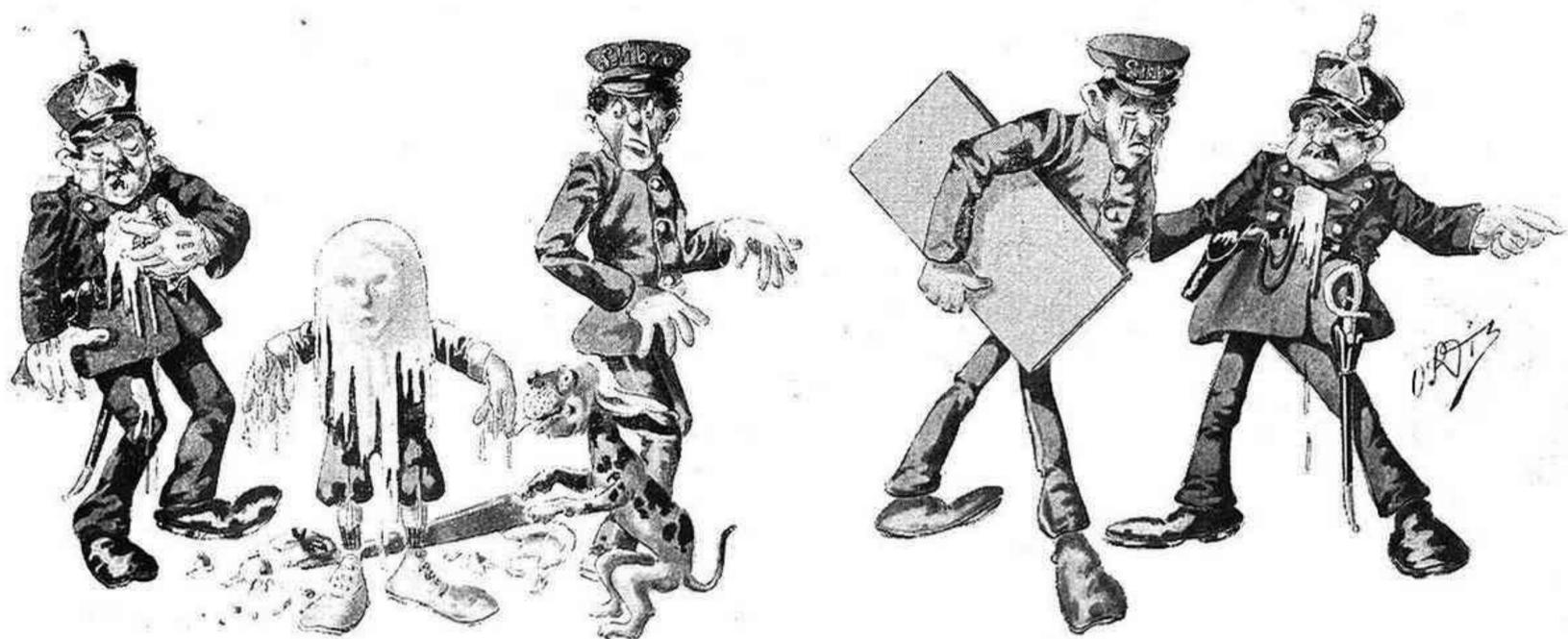
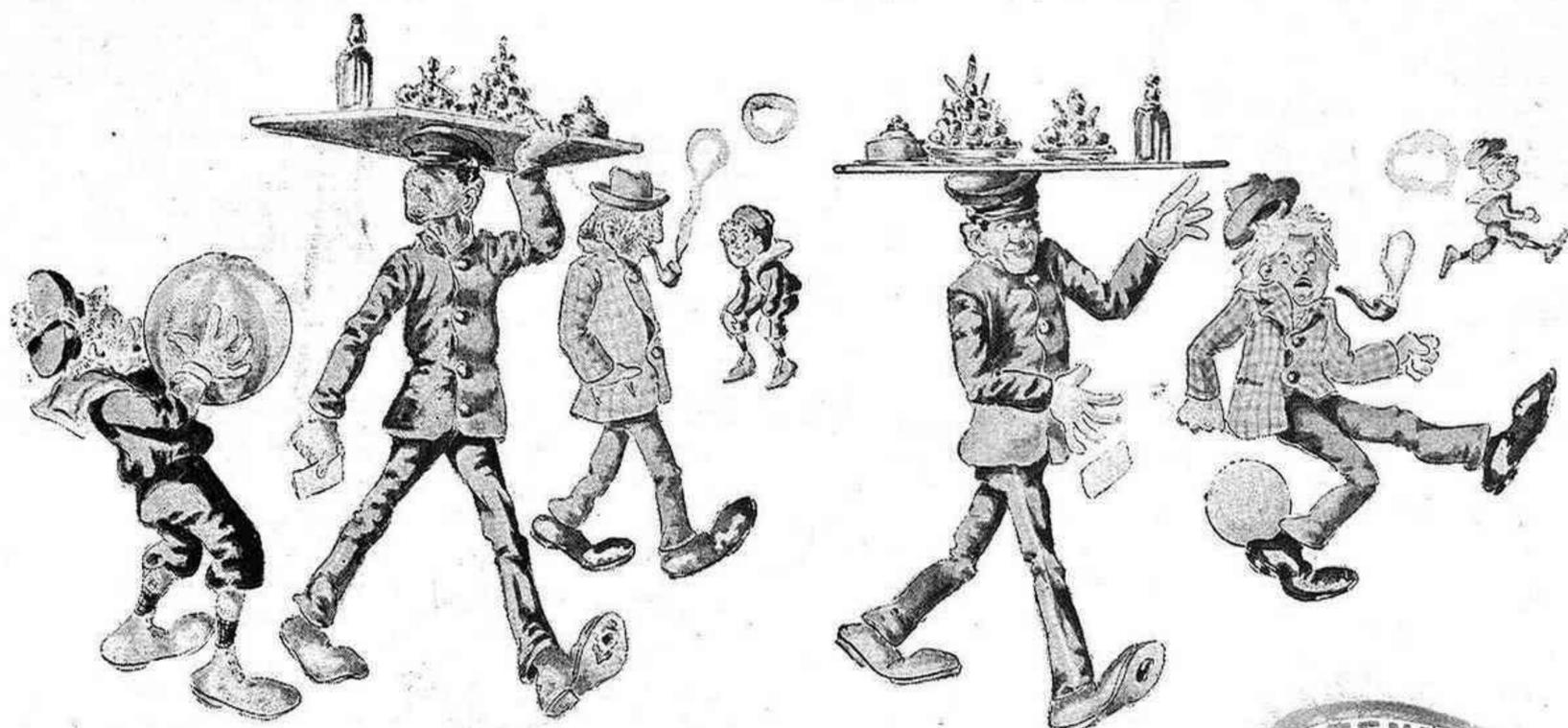
—Se deroga en Méjico el artículo del Código que disponía que los yernos se vieran obligados á pasar una pensión á sus suegras sin recursos.

**J**UEVES, 12.—El doctor Termius, de Goettinga, publica en la *Gaceta del Voss* un curioso estudio acerca de la potencialidad de la voz de algunos animales. El rugido del león se oye á doble distancia que el aullido de los lobos. El grito del buitre, el rugido de la pantera y el ladrido del chacal se oyen asimismo á gran distancia. El rebuzno del asno alcanza mucho más lejos que el relincho del caballo.

**V**IERNES, 13.—Llegan á Europa los primeros anuncios oficiales de la Exposición que se ha de celebrar en Jokohama desde Junio á Septiembre de este año.

A. RIERA

QUIEN SE RÍE DEL MAL AJENO..., por ORTIZ



Fidel Giró, impresor.—Calle de Valencia, 311.



# HE

# KAST & CHINGER

G.M.B.H.

Fábrica de Tintas  
para Imprenta y Litografía

## STUTTGART

Representantes: Monguió y Scharlau  
Calle Aragón 259 Barcelona.

Escritura 00 Tinta encarnada 1 trasp. Rojo de China Color Mercantil 242 Verde de seda claro Amarillo de Cadmium oscuro 10 Amarillo cromo 10 Laca de Rubia U Azul Prusia 00 Rojo natural 1 1/2

FIJO A LA LUZ

BARNIZABLE